

# A R C H I V U M

---

TOMO VIII

ENERO · DICIEMBRE 1958

N.ºs 1 y 2

---

## EL NOVELISTA ASTURIANO PALACIO VALDES Y UNAMUNO

Cuando hace unos años preparaba la edición de numerosos escritos de don Miguel de Unamuno que no figuran incluidos en sus libros, edición que con el título *De esto y de aquello*, publicó la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, incluí uno, al parecer olvidado, que el Rector de Salamanca dedicó a don Armando Palacio Valdés. (1). Dicho escrito formó parte de un Homenaje que sus paisanos rindieron a éste en 1906, y puede encontrarlo el lector no sólo en el primer volumen de aquella edición sino en el tomo V de sus Obras Completas. A él pertenecen estos pasajes, cuyo fondo autobiográfico valorará por sí mismo el que leyere:

”He olvidado casi todas las novelas que he leído en mi vida —no  
”han sido muchas— y de pocas guardo algún recuerdo. Menos aún

---

(1) “Por Armando Palacio Valdés”. se titula, y vió la luz en el “Homenaje” que le dedicaron los estudiantes de la Universidad de Oviedo, aparecido el 5 IV 1906.

"el fruto de una emoción. Entre esas pocas está *Maximina*, que  
"hace años ya, siendo un mozo, leí y dí a leer a la que hoy es mi  
"mujer y era entonces mi novia. Y todavía me repite de vez en  
"cuando alguna de sus escenas".

Aparecida esta novela en 1887, y habiendo contraído matrimonio Unamuno con doña Concha Lizárraga en 1891, a estos años remonta esta primera impresión de la lectura que aquella le produjo. La cual se complace en exhumar ahora, cuando los paisanos de Palacio Valdés celebran su nombramiento de Académico de la Lengua, en la vacante producida un año antes —en 1905— al morir el novelista montañés José María de Pereda.

Pero sigamos. Confiesa también Unamuno en esta ocasión que son tres las novelas que de don Armando ha leído; una de ellas, la citada *Maximina*, sin que puntualice cuáles fueron las otras dos, a lo que añade esto que sigue:

"Y me basta con ellas, en rigor me basta con la primera, para  
"rendir culto de gratitud y cariño a uno de los hombres que me  
"han procurado de los goces más puros y fecundos de mi vida.  
"Después de haber gustado el goce de esas lecturas —prosigue—  
"tuve el de conocer y tratar a Palacio Valdés y entonces, al cono-  
"cer al hombre, encontré al escritor. Como que éste depende, en  
"este caso más aún que en otros, de aquél. Al conocer y tratar  
"a Palacio Valdés, comprendí el encanto de sus escritos y el aro-  
"ma de honradez de propósito y de bondad de corazón que de ellos  
"se desprende.

"En nuestra literatura no abunda, ni mucho menos, la nota ín-  
"tima y recogida, el tono de apacible entrañabilidad. Casi todo  
"es exterior, y casi todo, en el fondo, violento.

"Y así me explico que Palacio Valdés sea uno de nuestros escri-  
"tores más gustados, de los de hoy el más gustado tal vez, en paí-  
"ses donde es una verdad efectiva la vida del hogar y donde los  
"hombres saben recogerse en él mejor que nosotros".

También celebra don Miguel “la serena dignidad con que ha esperado el premio terreno de su labor, la calma con que ha aguardado el éxito, sin derogar nunca, sin dejarse llevar de las corrientes, haciéndose poco a poco un público en vez de hacerse al público”.

Hasta aquí lo que entonces sabíamos de la relación entre ambos escritores españoles. Una circunstancia favorable (2), ha puesto en mis manos el texto de las cartas de Unamuno que conservan los descendientes del novelista asturiano, y uniendo a él el de las que aquél recibió de éste, voy a dar cuenta de este breve pero expresivo epistolario, que nos descubre, así lo creo nuevos aspectos de esta amistad.

\* \* \*

La primera carta es de don Miguel y dice así:

Salamanca 1 XI 1905

Sr. D. Armando Palacio Valdés

“Mi querido amigo: Mi buen amigo Mr. Everett Ward Olmsted, profesor de la universidad norteamericana de Cornell, es un entusiasta y buen conocedor de nuestra literatura. Aprecia en mucho la obra literaria de usted, de la que él y yo hemos hablado, y desea conocer a usted. saludarle y ofrecerle su homenaje de simpatía literaria.

“Le doy esta carta de presentación seguro de que una vez que se hayan conocido quedarán buenos amigos.

“A ver si le veo pronto.

“Sabe cuán de veras es su amigo

Miguel de Unamuno”

El Profesor Olmsted, cuya presentación es el tema y motivo de esta carta, había llegado a Salamanca con su familia por los

---

(2) Doy las gracias a mi amigo Fernández Castañón, que me facilitó fotocopias de las dos cartas unamunianas al novelista asturiano.

días en que esta carta fué redactada, y poco después se trasladó a Madrid, donde pasó algún tiempo, antes de regresar a su país, desde el que siguió manteniendo correspondencia con Unamuno. Los lectores de éste, recordarán que al aparecer en 1907 su primer libro de versos, el titulado *Poesías*, le fueron dedicados por aquél los "Salmos", en este volumen incluidos (3).

Ocho años más tarde se repite la misma circunstancia, pero ahora es don Armando quien presenta a don Miguel a otro profesor norteamericano. En estos términos:

"Querido amigo: Tengo el gusto de presentarle a Mr. Grant Showerman, profesor americano que se halla viajando por España y desea conocer a sus hombres y sus monumentos más notables. Como es V. uno de aquellos, no vacilo en recomendárselo eficazmente, seguro de que atenderá a mi ruego.

"Consérvese bueno, viva feliz y activo y reciba las gracias anticipadamente de su amigo y compañero affmo.

A. Palacio Valdés

"Madrid, 2 Mayo 1913".

La contestación de Unamuno no se hizo esperar tan pronto atendió al recomendado de su amigo. Pero la carta en que lo hace no es una fórmula de cortesía, sino que en ella da rienda suelta su autor a alguna confesión que es, sin duda, fruto, de su estado, físico y espiritual, en aquellos días. Dice así:

"Salamanca 9 V 13

Sr. D. Armando Palacio Valdés

"No sabe usted bien, mi querido amigo, cuánto me he alegrado de que el profesor Grant Showerman, a quien acompañé a ver esta casa y con quien charlé un buen rato, haya sido ocasión de

---

(3) Me referí a esta amistad en mi libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Acta Salmanticensia, VIII, 1954, véase el índice de personas y en él las referencias al profesor Olmsted.

"que yo sepa de usted. Porque como está usted hace tiempo tan "callado...! De mí, en cambio, no puede decirse eso. Y no sé que "es mejor.

Pero Unamuno, que ha meditado sobre las últimas frases de la carta de Palacio Valdés, se basa en ellas para dar salida a su íntimo pesar, en esta forma:

"Me dice que me conserve bueno, y que viva feliz y activo. Bue-  
"no... sí, no creo que estoy muy malo, aunque me tachan de apren-  
"sivo porque he llegado a saber que mi pobre corazón —el de  
"carne— flaquea ya un poquito. Lo conozco en mi irritabilidad  
"y en lo pronto que me excito. Tiempo ha que cuando hablo en  
"público me dejo dominar del papel en vez de dominarlo. Llego  
"hasta hacer llorar, pero es casi llorando yo. Y esto, no vale dar-  
"le vueltas, es cardíaco.

"Que viva feliz...! Y qué es felicidad? Yo ya no lo sé. En cuan-  
"to a lo externo, sí, parece que deba ser feliz. Estoy, al parecer,  
"sano, lo están los míos, mi mujer y mis ocho hijos siguen bien  
"sus carreras (el mayor ahí..."

La carta se interrumpe. Escrita como está en papel timbrado con el membrete de "Rector de la Universidad de Salamanca", no es difícil imaginar que alguna visita o cualquier diligencia administrativa, ha cortado el fluir epistolar, tan entregado a la confianza. Más aún. La carta queda arrumbada, y sólo unos días más tarde, al encontrarla de nuevo, don Miguel se dispone a continuar sin cerrar el paréntesis entreabierto:

"día 15

"El otro día tuve que suspender, no sé cómo, mi carta ahí, y tam-  
"poco sé cómo ha dormido hasta hoy entre mis papeles.

"Le iba, pues, diciendo...

"Pero para qué sacar una vez más fuera este mi incurable pe-  
"simismo transcendente —muy distinto del inmanente (y perdone  
"la pedantería)— y este mi terrible anhelo de que la existencia

"tenga una finalidad humana, o si usted quiere divina? Lo que me aterra es ver a tantos que parecen tan satisfechos con el bienestar de aquí abajo.

"Y basta. Moriré, presumo, así, forcejeando con la Esfinge.

"A usted le veo más sosegado. Dios le guarde el sosiego.

"Es muy su amigo

Miguel de Unamuno"

No fué Palacio Valdés el único de los amigos a quien hizo partícipe Unamuno de sus aprensiones físicas, y concretamente, del estado de su salud por estos meses, en que se halla próximo a cumplir los cincuenta años. Los propios hijos de aquél recuerdan cómo por entonces fué él mismo a consultar con un médico salmantino, con el que mantenía una excelente amistad, el Dr. Hipólito Rodríguez Pinilla. Desconocemos el diagnóstico, que habrá que relacionar con la edad del consultante, pero alguien, autorizadamente, nos ha referido una de las prescripciones facultativas que el paciente cumplió fielmente: la de estar mucho tiempo echado; y todos saben de las largas temporadas en que don Miguel gustaba de escribir en la cama, utilizando para este fin, no aquella mesita que en plano inclinado se adaptaba a ella, y de que el celo de su mujer le proveyó, sino una simple cubierta de cartón de algún álbum de Geografía de sus hijos.

Parece indudable que don Miguel experimentó por aquellos meses los síntomas de una lesión cardíaca, que no le impidió vivir muchos años más pero que, muy probablemente fué la causa de su muerte repentina. Lo que sí se descubre en otras cartas suyas es que supo dominar este desánimo proponiéndose vencer su aprensión. En una de ellas se lee esta frase terminante: "Todo cardiópata acaba en psicópata". Y esto era de lo que quería librarse.

Hasta que punto se reflejó todo ello en su propio espíritu nos lo revela el resto de la carta que acabamos de transcribir, aunque bueno será recordar que el pesimismo transcendente unamuniano

no constituye una de las constantes de su carácter, que no considero necesario ilustrar ahora con copiosos textos fáciles de extraer de su obra.

No pasó desapercibida para Palacio Valdés la hondura de la queja de su amigo y a los pocos días le envió desde Madrid una larga carta que me parece un prodigio de comprensión y a la vez de ternura. He aquí cómo la "bondad de corazón" que don Miguel había encontrado al leerle toma cuerpo en el ambiente confidencial de una carta.

Dice así:

"Madrid, 20 Mayo 1913

"Mi querido amigo: Celebro igualmente que la visita de Mr. Grant haya sido ocasión de saber algo de su vida privada.

"Las noticias que me comunica acerca de su corazón como víscera pudieran ser poco tranquilizadoras si no supiera por experiencia que las personas que tienen un órgano dañado lo ignoran casi siempre. Por el contrario la aprensión suele durar muchos años. Un amigo mío médico me decía en su juventud suspirando que le quedaba muy poco tiempo de vida porque tenía no sé qué aurícula o ventrículo estropeado. Ya cuenta muy cerca de sesenta años. El ventrículo seguirá estropeado pero él continúa magnífico.

"En cuanto a la felicidad es asunto de sugestión como no existen tan graves motivos que la estorben y a veces aún existiendo; testigos los mártires. Es necesario sugestionarse la felicidad como la salud y el valor y sino somos perdidos.

"Lo de la esfinge de que me habla es ya otro cantar. Todos llevamos clavada esa flecha en el corazón. Hay que sacársela o morir. El pragmatismo es un absurdo teóricamente, pero en la práctica y secretamente, nadie deja de rendirle alguna vez culto. Es indispensable sugestionarse la fe como la salud y el valor. El catolicismo que yo profeso no se opone a ello, pues solo me obliga a *querer la fe y a pedirla*. ¡Creo, Señor!...; Señor, ayuda mi incredulidad!

"El hombre es un ser tan limitado que gracias si puede resolver

"una mínima parte de los problemas que se ofrecen a su alma. Por lo tanto debe elegir los más urgentes. Me parece que Sócrates era de la misma opinión porque era hombre no poco pragmatista. Pascal también lo era. Séalo usted también y sugiérase la tranquilidad de espíritu porque de nada vale forcejear con la esfinge que es de piedra. Ella no se hace nunca sangre y nosotros nos hacemos mucha.

"En fin, de todos modos, yo siento en este momento un gran placer en comunicarme con un hombre que piensa en algo más que en el medro personal y en la migaja de reputación. Aquí no se piensa en otra cosa. ¡Qué tristeza de juventud! Los pocos hombres con quienes pudiera uno entenderse viven aislados y abroquelados en su orgullo.

"Se me olvidaba darle las gracias por la acogida que dispensó a mi recomendado. Ya sabe que es siempre su amigo de veras  
A. Palacio Valdés".

\* \* \*

El último eslabón de este epistolario, breve pero trascendental, poco literario pero muy íntimo, lo forma una breve y sentida carta que el novelista asturiano dirigió a su amigo, a Salamanca, al día siguiente de haber experimentado uno de los grandes dolores de su vida: la muerte de su mujer, aquella joven guerniquesa con la que poco antes de casarse, leía y comentaba la novela *Maximina*. Escrita en papel con membrete de la Academia Española, dice así:

"Madrid, 16 Mayo 1934

"Ilustre y querido amigo: En estos para usted tristes momentos no dude que le acompaña con todo su corazón el viejo amigo y compañero

A. Palacio Valdés"

Recordaría al escribirla aquella otra carta de antaño en que daba ánimos y consuelo a su atribulado amigo? Habían pasado



veintiún años, y don Miguel, como el amigo médico de quien Palacio Valdés le contaba, seguían viviendo con su lesión cardiaca auestas. Pero si la felicidad reside para muchos en lo que logra salvarse, la vida, ahora, acababa de privarle de su más firme asidero a ella. No conservamos la respuesta de Unamuno a tan sencillo como hondo pésame, pero utilizando la que por entonces dirigiera a otro de quienes le testimoniaron su pesar, podremos imaginar su estado de ánimo.

Elijo la que le envió a su gran amigo el hispanista francés Jacques Chevalier:

"...se me fué mi santa mujer (q. e. D. g.). que era mi costum-  
bre y mi alegría. y me daba lo que siempre más me faltó: se-  
renidad y contento de vivir. Nunca creyó en la muerte, como  
yo nunca he creído en la vida".

MANUEL GARCIA BLANCO

Universidad de Salamanca.

